

Polvo eres

Guillermo Arreola

Trinidad es una joven que vive en las calles y asegura poder hablar con Santa Rosa, quien le encomienda una tarea al tiempo que le explica sus enfáticos ánimos de venganza. Con imágenes poéticas de notable precisión y fuerza, este relato de Guillermo Arreola, autor de Fierros bajo el agua, presenta una visión crítica de la violenta realidad mexicana del nuevo siglo.

¡Ah!, ¡pero me la van a pagar! Ya algunos están cayendo, pero me faltan, me faltan. Nomás con que no me falle el equilibrio, ¡y no se la van a acabar! Cuando más fuerte me vienen los malestares en el interior de mi sistema lunar es cuando hay más cosas que hacer.

Un día, la Señora se me apareció sin que nadie más pudiera verla, como siempre, engalanada de colores y luces fosforescentes a su alrededor, y me reprendió porque me pasé de largo un puesto de periódicos y no verifiqué las noticias para el informe que me he comprometido a hacerle sobre las cosas que suceden fuera del cielo y del mar. Le levanté la voz:

—Pues es que ya ando bien mareada, Señora —me miró con tajo y acto seguido me escupió varias veces la cara; sentí su saliva tibia y suave como un bálsamo para redimirme.

Pronto quedé arrepentida de mi queja y le dije:

—Discúlpeme, venerada. Pero sentí que todo me daba vueltas y mejor me iba a tirar un rato en la banquetta.

—¿Qué sientes? —me preguntó.

—Que me falta el aliento.

—¿Como si se te bajara la presión? —quiso saber.

—Sí —le respondí.

—Toma, cómete esto, hija —me dijo, sacándose de una de las mangas de su divino vestido una tablilla de chocolate y poniéndomela en la mano. Y agregó, amorosa:

—Y apúrale porque todavía te faltan, además de completar tu informe, la adquisición de méritos.

—No le entiendo, Señora —le dije.

—Méritos, hija, méritos: cualquier cosa afilada que le saque sangre a este pinche mundo.

Mis otros amores, además de la Señora, el agua y la medianoche, son las letras y las palabras. Cuando digo palabras, cuando dejo que salgan de mi boca, ahí ando atrápidolas en el aire para devorarlas. Cuando salen de mi mano, salen para consignar en mis cuadernos del informe sobre la vida que estoy escribiendo para Ella. Por ejemplo, el día 17 de marzo, año 2008, escribí: “México, Informe sobre las cosas que suceden fuera del mar y del cielo: ‘Encuentran tres cabezas humanas tiradas en un baldío’, ‘El amor a primera vista sí existe, sobre todo frente a un espejo’, ‘Sigue la ola de violencia: ¡matazón!’, ‘16 cuerpos destrozados encontrados en una fosa’, ‘La sombra del iceberg. A partir de noviembre 22. Sólo en cines’, ‘Crecimiento anual de México: 3%: BID’, ‘Mortal asalto’, ‘Las drogas ofrecen muchos caminos para entrar, nosotros te ofrecemos uno para salir’”. Enseguida añadí: “Al parecer, otros ya han recibido la señal, están laborando. Aún no he tenido la suerte de toparme con ninguno de los elegidos como yo. Total de aniquilaciones de este día: muchas. Tengo en la mira a un cabrón que me ha estado chingando porque a veces me quedo a dormir en el estacionamiento donde trabaja de velador, un día de estos lo mando a la verga. Tengo reu-

nidos muchos cuchillos, y los he atado con mecates, los he ocultado en un baldío de por aquí cerca”. Nunca he dicho que a veces me agarra la lluvia y el anochecer cerca de un basurero, que casi no duermo; que me duelen las piernas y el cuerpo lo siento todo derrumbado por andar vagando, jodiendo, tronchándome de risa, muriéndome de coraje, maldiciendo a la gente, dando lástimas y poniéndome mal porque entro a los centros comerciales para ver cómo se van comiendo todo esos cabrones, comiéndoselo con trapos, metiéndose a los cines a ver puras mentiras; porque ando en las calles subiendo y bajando a trompicones de los camiones, esquivando taxis y carros de todo tipo y ando absorbiendo los gritos y las mentadas cuando voy abriéndome paso en las líneas del Metro. Tampoco digo que a veces me fallan mis adornos del cielo y del mar; quién sabe qué líos se traerán entre ellos. No lo digo, ni lo escribo, ni quiero ya pensar sobre eso, por respeto a Ella.

A veces me detengo de repente frente a cualquiera con quien me topo en la calle:

—Agárrame, porque me voy a caer.

—¿Qué? —me responde.

—Que me agarres porque me voy a caer, cabrón. Estoy a punto de desmayarme hacia dentro.

Me mira como si hubiera proferido una ofensa. Voltea a todos lados y me grita:

—¡Quítate, loca pendeja!

—¡Vas a perder! —le grito su precio.

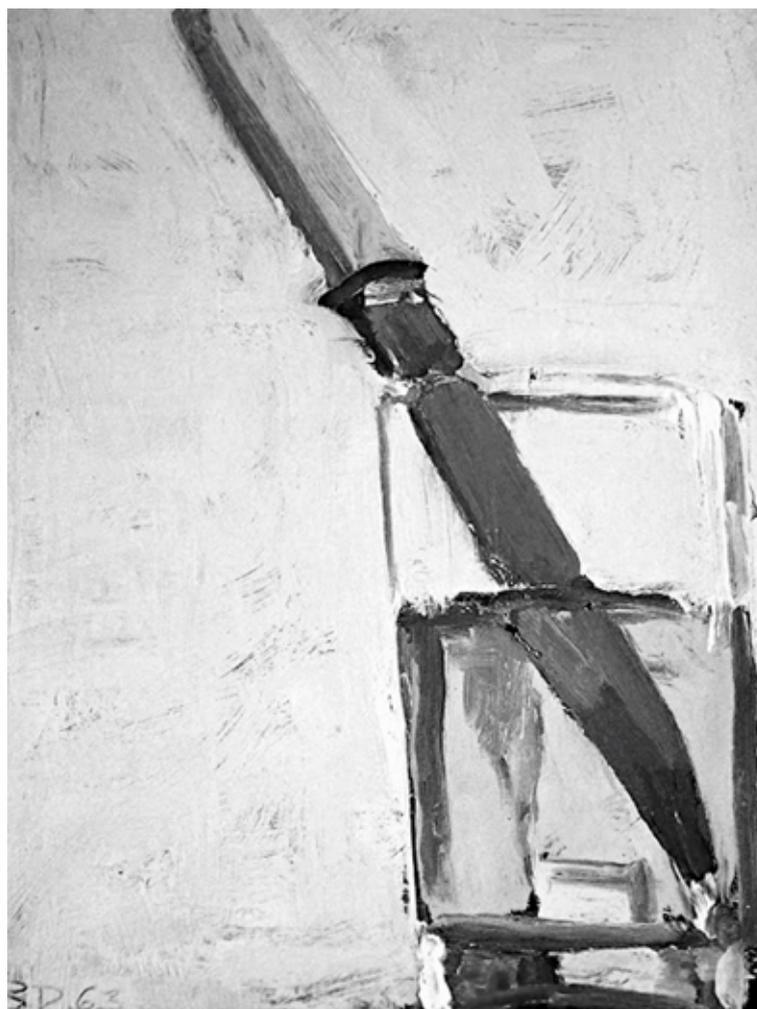
El ruido, el aire, el tráfico, ¡los odio! Cuando respiro parece que estoy respirando aire molido; se me llena la nariz de polvo, de gasolina quemada, de cochambre, del olor de la gente. Odio los países, las calles, los caminos, al pinche calor; odio la televisión, a los policías, a los abogados; odio a los que andan de un lado a otro dizque buscando una nueva vida. Pero me gustan el mar, los cigarros, las flores, los números; y el agua me gusta por cabrona, y me gusta la medianoche, ¡a la medianoche le rindo sacrificios!, ahí es donde a veces me meto con toda la cara y con todo el cuerpo.

Soy la que espera, a la que acechan por todas partes. “Ya cállate, hija de tu chingada madre”, me dice la gente cuando me quedo tirada a dormir en la calle y me despierto sobresaltada, gritando por un ataque de palabras: en sueños grito “¡piernas!”, “¡brazos!”, “¡rosas!”, “¡ojos!”, “¡semáforo!”, “¡lumbre!”. Me levanto y me quedo mirando el panorama: el día todo opaco o, si es de noche,

la oscuridad toda fría y el cielo a veces lleno de estrellas como de plástico. “Pinche día”, digo, “con lo que te odio”, o “pinche oscuridad, y pensar que te venero”. En esos momentos me siento como si estuviera hecha de trocitos, de tiras de los días gastados y recuerdo que ya no tengo llaves ni puertas que abrir o cerrar.

Aunque nadie pueda verlos, traigo a mis dos adornitos del cielo y del mar revoloteando encima de mi cabeza, zumbando, alertas, prestos para resguardarme de este mundo perdido y cabrón.

No me llevo con la gente, soy alérgica a las manos, las miradas, al simple roce con los demás. Cuando escucho que alguien dice “gracias” o “claro que sí”, “compermis”, “disculpe”, me pongo mala. Y nadie, nadie me da ni tantito de pena, cuando los imagino todos achicharrados, degollados, apuñalados, asfixiados, machucados, con el cuerpo hinchado, con la sangre saliéndose por los poros o devorados por los puerquitos de la Señora. No me dan ni un poquito de lástima cuando los escucho dar de alaridos, mutilados, pidiendo clemencia, “ayúdanos, Trinidad, haznos la valona, intercede por nosotros con la Señora que ya anda exterminando



Richard Diebenkorn, *Knife and glass*, 1963

a todo el mundo”, “¡mira, a mí ya me arrancó un brazo, ve, nada más, estos ramales de venas que traigo colgando, qué no te da cosa ver cómo la sangre va sangrando y se va abriendo brecha por las banquetas!, ¡dile que no me quite el otro brazo, por favor!”. Sí cómo no. ¡Cómo disfruto viendo que se les está acercando el fin!

Lo sé, lo sé, pronto vendrá Ella y se quedará a reinar para siempre.

La primera vez que me acercó su divina presencia me puse pánico. Estaba yo en la azotea del edificio donde trabajaba, estaba tendiendo la ropa y pensando cuándo se iba por fin a morir la vieja a la que cuidaba; una vieja que ya tenía no sé cuántos meses echada en la cama, sin casi poder moverse, y yo tenía que estarle dando sus medicinas: “Trini, mi medicina; Trini, tráeme agua; Trini, ¿ya está la comida? Trini, mira qué tonta eres, dejaste que me quedara dormida”.

Veneno o vidrio molido es lo que debería de darte para que dejes de estar chingando, pelada, era siempre lo que yo musitaba.

En eso estaba pensando y en la pinche coladera que es este mundo, cuando de repente que la veo bajando por el aire, despacito, hasta que quedó a unos metros de mi vista. Llegó vestida con una bata roja de tafeta, huaraches de misionera y colgándole de la cintura unos como machetes; alrededor de la cabeza traía una corona de rosas iluminadas. Me quedé como babosa, me puse a temblar, me tiré al piso y empecé a darme de cabezazos. Cuando me pongo pánico me doy de cabezazos contra el suelo, contra la pared, contra las ventanas; mi cabeza ha probado el concreto, la madera, el vidrio, el acero, la tierra, la lámina, el lodo. “No te asustes, Trinidad; levántate; vengo a poner orden en esta tierra sin gobierno, tú me entiendes”, me dijo, guiñándome un ojo. Yo sólo la conocía por las estampitas que venden afuera de las iglesias. “Soy Santa Rosa”, dijo, “¿Qué, no me reconoces? ¿No me reconoces, hija mía? Soy la santa de los humillados y ofendidos y también la vengadora. Voy a hacer una limpia por estos rumbos”, murmuró la aparición.

Me levanté del piso y hasta chillona me puse de la emoción, yo que nunca lloro. “Ya casi todo está listo para la hora final”, me dijo hablando muy quedo. Luego: “mira, te traje a tus angelitos de la guarda; ahí te los dejo, para que te cuiden la cabeza”. Sentí una oleada caliente alrededor de mi cuerpo, volví la vista hacia los lados y vi a dos seres aureolados, como dinosaurios pero chiquitos, levitando a la altura de mis hombros. Volteé hacia ella y vi cómo iba descendiendo a la calle hasta aterrizar en la banqueta, suavcito, suavcito, mientras manadas de puerquitos llegaban de todas partes, para ponerse en fila india y a su disposición.

La gente que andaba en la calle corría aterrorizada; ¡ja!, como si pudieran escapar de su furia. Desde la es-

quina de la azotea la vi, la vi avanzando y dando patadas al aire como no queriendo contaminarse de la gente. Al primero que le dio alcance, lo rodeó una manada de puerquitos. Ella le soltó un machetazo en el cuello; la cabeza no se le desprendía y el cuerpo empezó a andar de bailarín, como gallina recién degollada. Enseguida alcanzó a tres chiquillos mugrosos que andaban en la calle como perros perdidos, un solo machetazo y ¡zas!; los puerquitos se acercaron a ellos como plebes alrededor de una piñata. La gente seguía corriendo, pero entonces ella extendió la mano y de allí le salieron flamas larguísimas que alcanzaron a un grupo de cabrones que corrían todos juntos, como si huyendo en bola les fuera a doler menos. Entonces se detuvo, dio una señal a su ejército de marranitos, un golpe de machete contra su propia pierna, para traerlos al orden. Todos se pusieron a su alrededor y levantando la cabeza la miraban a la cara, como queriendo comprobar su olor con sus hociquitos rosados llenos de espumarajos. Ella se fue elevando hacia el cielo y los puerquitos empezaron a dispersarse a toda prisa hasta desaparecer por esquinas y callejones.

De pronto, todo volvió a ser igual, igual de mugriento, los mismos pinches carros, la misma gente andando por las calles, la misma luz del día toda pastosa, las mismas pinches caras de infelices. Ese espasmo estallando en mi interior, pesado, vibrante, como si una carga de agua se me hubiera metido en el pecho.

Después de aquella primera revelación divina, bajé corriendo hasta el departamento de mi patrona. Me fui directo a la cocina y agarré el frasco de las pastillas de la vieja. Entré en su recámara; ella estaba quietecita, bien arropadita, como ida. Me le puse enfrente:

—Aquí están sus pastillas, señora.

Me miró fijamente con sus ojos asapados y dijo:

—Si serás pendeja; ¡me tocan hasta las cinco, Trini!

—Sí cómo no; ¡a las cinco deberías estar pero apestando, hija de tu puta madre! —le respondí. La agarré de las greñas y la obligué a sentarse en la cama, la enderecé como si estuviera maniobrando una muñeca de cartón.

—¡Toma tus pinches pastillas, pendeja! —le grité mientras se las metía a puñados por la boca. La vieja me miraba con los ojos aterrados. Entonces le di un puñetazo en su cara que no rompe un plato.

—¡Y nomás se te ocurra gritar, mosquita muerta!

El miedo la había avasallado y lo único que se le ocurrió fue intentar hacerse bolita en la cama, como un pinche feto ahí todo desprotegido. Antes de salir de su cuarto no pude evitar darle una estruendosa nalgada, que la hizo pegar un chillido: “¡Nooooooo!”.

Me fui a la cocina, abrí una gaveta y empecé a sacar los cubiertos, pero sólo guardé los cuchillos, los metí en una bolsa de plástico. Nunca más, nunca más, pensé. Agarré la bolsa y mi monedero y abandoné el edificio; entré a la calle y me volví yo. **U**